

DEJA VU

E L agnóstico burlón comenta: "El Espíritu Santo rectificaba". Y el marxista repite una vez más la machacona frase de que el hecho histórico se produce una vez como tragedia, y sólo se repite como farsa. Para el psicólogo experimental, es una cuestión de "déjà vu, déjà connu". Otra vez el martillo de plata golpeando la frente del Pontífice muerto y destrozando su sello; otra vez el cónclave y la fumata blanca, otra vez la constelación de Jefes de Estado... Son ritos demasiado solemnes, demasiado ideados para lo que tardan en repetirse: reanudarlos y rehacerlos en tan pocos días los vulgariza demasiado.

Esta repetición casual —o providencial— viene a subrayar uno de los hechos que está agostando el periodismo, y es esa misma sensación de "déjà vu" que da cada noticia. Estampas en época de moldes, de patrones, de uniformidades, y hasta lo imprevisto y lo insólito parece que ya no necesitan más que líneas de puntos para rellenar con nombres y fechas, mientras lo demás sigue siendo igual. Aquí están, una y otra vez, los mismos editoriales condenando el terrorismo que nunca cesa. Aquí están los relatos y las imágenes de los debates constitucionales, que siempre son iguales a sí mismos, desde hace un año: y finalmente, lo mismo da que sea en comisiones que en Plenos, en el Congreso que en el Senado. Y los viajes egrejos, con el avión que se detiene, la puertecilla que se abre, el personaje que saluda, la esposa que le sigue, los himnos, el paseillo ante las armas presentadas... Brota otra vez el modelo del consenso, del pacto de la Moncloa. De cuando en cuando arde otra librería... Sólo faltaba que muriese un Papa cada mes, y que apareciese entre lo de siempre en las páginas de los periódicos. Entre lo de siempre entre las imágenes de televisión: cada semana, "Starsky y Hutch"; cada semana, "Tribuna del Parlamento". Y cada año: "Doce hombres sin piedad". Y otra vez la misma novela de sobremesa. El "déjà vu" va a costar, además un impuesto sobre los televisores, cuando lo racional sería que el Estado pagase a cada ciudadano una cierta cantidad por prestarse a mirar su aparato.

Por seguir dentro del vocabulario francés: "Plus ça change, plus c'est égal". Parece como si en este país se hubiera congelado el tiempo. O la imaginación, que es lo mismo. No ahora: antes, mucho antes. El franquismo duró cuarenta años, y la muerte de Franco no se acababa nunca. El "tempo" español está casi inmóvil; como a las manecillas del reloj, no se le ve avanzar, aunque, sin embargo, se mueva. En el noticiero del día está la Inquisición. O está la eterna discusión de la Hispanidad: qué es y para qué sirve. Miramos las carteleras de teatro: la conforman obras que tienen de veinte años a un siglo, o más siglos. Las de cine: películas que fueron famosas en la Europa de los sesenta. Hay partidos que discuten la validez del Lenin del año 1917, otros que reflexionan sobre el Marx de mediados del siglo pasado. Algunos ligeramente más jóvenes piensan en Mao Tse-Tung. Pero los hay que se vuelven a los Reyes Católicos, y a Felipe II y a Carlos V.

Todo ya se ha visto una vez y otra vez, se ha releído, se ha discutido mil veces. Mientras tanto, estamos perdiendo la contemporaneidad. Se nos va de las menos. Tenemos una especie de miedo a desposar nuestro tiempo, a adaptarnos a él: mucho más, todavía, a adaptarlo hacia nosotros. Nos estamos dejando ganar, en este país, por nuestra propia vejez. Incluso la juventud. ¿Hay algo más viejo, más desplazado, que nuestros jóvenes rebeldes? Y nuestros niños, deslumbrados por Elvis Presley y por los Beatles... ■

POZUELO

Valencia-Cataluña

Una hostilidad rentable

JOSE MONLEON

E S seguro que, con independencia de los argumentos históricos alegados, los defensores del término "países catalanes" no han convencido a la mayoría valenciana. Por si había alguna duda, una reciente encuesta del diario "Las Provincias" lo ha recogido de forma inequívoca: son más los que quieren una "senyera" con el distintivo de la franja azul; más los que rechazan la idea de que Valencia forma parte de "els paisos catalans".

Se trata, a todas luces, de un debate que alcanza, cuando llega al hombre medio, numerosos equívocos. Porque nadie de los que defiende el concepto de "países catalanes" —atendiendo al idioma, a la comunidad de la cultura literaria y a ciertos hechos del pasado— pone en duda la particularidad del País Valenciano, en cuya manera colectiva de ser abundan los rasgos que los separan del pueblo catalán. A nosotros —yo soy valenciano— nos importa bastante menos Europa que a un catalán, y es otra, en términos generales, nuestra manera de entender cosas tan fundamentales como la música, la comida y la tierra. Es pues, un fenómeno complejo, en la medida en que la Historia asoció a tres pueblos, a través de algo tan perdurable como la lengua, sin que ello eliminase su respectiva personalidad. El que Rodolf Sirena acabe de ganar el premio Ciudad de Barcelona, con una obra inequívocamente valenciana, y, sin embargo, estrenada por un grupo catalán, muestra la realidad y delicadeza de esta relación cultural.

Reducir la cuestión —cuando, después de mucho tiempo, rena-

ce el tema de las distintas identidades de los pueblos españoles —a la disyuntiva de si el País Valenciano debe diluirse dentro de la personalidad catalana o si debe rebelarse contra esa pretensión, es, sencillamente, una vacuidad y una tontería. Una tontería nada nueva, por lo demás. Y, más que seguro, dirigida.

Que los defensores del concepto de "países catalanes" no han conseguido imponer la idea supranacional cultural por encima de la de dependencia es obvio. Existe, de hecho, una equivocidad en el adjetivo "catalanes" que el otro bando ha aprovechado para atribuir a los "catalanistas" algo que nunca pensaron ni quisieron decir. Con lo que —y eso es lo más triste— han conseguido crear una xenofobia de la que muchos xenófobos son inocentes.

Es un poco lo que pasaba cuando millones de españoles aclamaban a Franco para protestar contra la injerencia extranjera. Lo que eran críticas al régimen, el dictador las traducía en insultos a España, de manera que el español medio, dejando ideologías a un lado, se rebelaba contra el extranjero y afianzaba al poder.

¿Es así de simple, otra vez, el mecanismo? Tal vez sí. Mientras gentes como Vicente Ventura se esfuerzan en explicar en la página de un periódico las razones del término "Paisos Catalans", sus enemigos aprovechan la visita del equipo de fútbol del Barcelona para montar una operación anticatalana a gran escala. Reparto gratuito de "senyeras" con franja azul. Capitalización de la pasión habitual de los públicos